

NIGEL TOWNSON (Ed.): *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*, Siglo XXI, Madrid, 2009, 265 págs. (*Spain transformed. The Late Franco Dictatorship, 1959-1975*, Palgrave MacMillan, 2007, trad. de Antonio Resines).

Diría que no sólo en los medios historiográficos sino incluso en la sociedad misma, ha sido muy lento el proceso de desmontaje del relato heroico del franquismo. Por relato heroico quiero indicar el énfasis en la lucha de los buenos sometidos y maltratados por los malos, que empiezan a ganar terreno a los malos hasta derrotarlos pongamos que en 1978. La retórica de batalla ha gobernado la voz narrativa aunque hoy ya no sea ése el único punto de vista del narrador historiográfico, ni siquiera es el dominante. Lo que se pierde en conflicto y drama se gana ahora en sutileza analítica y matiz comprensivo, o en percepción global sin la dependencia deformadora de las vanguardias políticas o intelectuales, que en efecto vivieron el antifranquismo, y con toda la razón, como lucha contra el poder.

La herencia de esa perspectiva heroica no ha sido negativa porque ha dado de sí excelentes explicaciones sobre la pugna de numerosos sectores para reducir progresivamente el control social e intelectual del régimen y hacer de la sociedad que lo soportaba una sociedad mejor y más abierta, tanto si esa misma sociedad era consciente de ello como si no. El artículo de Mariano Torcal regresa a algunas ideas que ha ido exponiendo en diversos trabajos, y algunos de sus análisis me parecen una lección de humildad historiográfica y hasta ética estupefante: entre enero y mayo de 1976 se vive un aumento fortísimo y súbito de la conciencia democrática de la población, partidaria de que «las decisiones fueran tomadas por las personas elegidas por el pueblo». Del 56% de enero se pasa en cinco meses al 78% (p. 192), lo cual ha de significar a la fuerza que la mayoría silenciosa que subsistió al franquismo lo hizo con escarmentada y cauta capacidad de adaptación a la realidad, y presumiblemente sin ningún entusiasmo ante lo que eran los chispazos visibles de la nueva sociedad que venía después de Franco, o que estaba aquí ya hacia 1970. Esa nueva sociedad eran músicos estridentes con melenas y guitarras eléctricas, indumentarias provocativas, eslóganes incomprensibles y desde luego indecentes o cuando menos incivilizados, proclividades espiritualistas y orientalistas de extrema rareza, afición a las sustancias delirantes o anestésicas (por decirlo así: desde el *haschis* al LSD) y una atracción por el sexo y las prácticas sexuales promiscuas, en comu-

nas o sin comunas, que dejaban muy abatidos a los padres que debían trasegar con esa nueva fauna juvenil que habían criado y que crecía mientras Franco no había manera de que se muriese. Eran los que leían *Ajoblanco* o *Star* porque les aburrían soberanamente *Triunfo* y *Cuadernos para el diálogo*, robaban o se prestaban los títulos de las series de Acracia, Ínfimos y Marginales de la editorial Tusquets o los cuadernos de Anagrama (que nacen en 1969), atropelladamente plagados de asuntos de psicoanálisis, Lacan, Foucault, Lévi-Strauss, estructuralismo, teoría y Teoría, Louis Althusser, Roland Barthes, o de compendios de Kropotkin y Bakunin, y hasta toneladas de materiales relacionados con la contracultura y el *underground* con editores como Kairós, gurús locales como Luis Racionero o gurús universales como Allan Watts (mientras ese mismo año de 1970 se funda la colección de poesía Visor o se publica una antología de poetas que convocan casi en el mismo poema el legado de Jean Harlow, T. S. Eliot, Gabrielle d'Annunzio, Miguel de Molina o Concha Piquer).

Todo eso es parte plena del segundo franquismo, y aunque no es parte directamente tratada en este libro, a nadie creo que se le puede ocurrir contarlo en clave de combate o de lucha contra el franquismo, o no principalmente, sino como gestación de cultivos éticos y culturales equivalentes al resto de Occidente. Basta mencionar lo que leen, ven o escuchan los jóvenes para entender la obvia obsolescencia del sistema franquista por mucho que siga fusilando, reprimiendo, condenando y secuestrando. Porque sólo puede hacer eso. Por debajo de estas sacudidas llegadas de Berkeley, París o Londres, transcurren los días de un país que cambia aceleradamente y a veces de manera espectacular (porque ningún otro país, aparte de Japón, crecerá con una tasa tan alta como la española en los años sesenta: 7%). Es como si el paréntesis se esté cerrando tan rápido que ya sólo falta la muerte de Franco para acabar de cerrarse del todo, que es como quedó: cerrado. Es Edward Malefakis, en la última y tónica contribución de este tomo, quien evoca la teoría del paréntesis que no es extraña a los enfoques que varios historiadores han ido defendiendo (y que comparto) y quizá el último rasgo que puede quedar para aceptarla más unánimemente es la exploración meticulosa de este segundo tramo del franquismo, tan franquista todavía pero tan desmejorado según lo que había sido su proyecto de Estado treinta años atrás.

Por eso no hay artículo de este libro que no promueva una lectura más fría y racional del franquismo y el tardofranquismo, y ya sin la culpa política y contrita de reconocer las mejoras obvias en todos los órdenes que vivió esa etapa con respecto a las dos décadas de la postguerra (y es la invitación central que hace el editor del volumen en su extensa introducción, Nigel Townson). Es verdad que no siempre se compartirán las estimaciones excesivamente piadosas con el aperturismo franquista de Cristina Palomares en su artículo, pero sin esos aperturistas con sentido de la oportunidad (y de la supervivencia) era más difícil todavía que nada saliese bien, que es como salió. Y si los jovencísimos autores de las *Reflexiones sobre el neocapitalismo* en 1968 (como Francesc de Carreras,

Isidre Molas o Vázquez Montalbán) están tan encabritados contra el capitalismo es porque el capitalismo está viviendo entonces su «edad de oro», como explica la contribución de Martín Aceña y Martínez Ruiz, del mismo modo que las transformaciones de la espiritualidad católica tras el Concilio Vaticano II hacen insostenible la contradicción entre un cristianismo de fe social y la anquilosadísima jerarquía católica de la guerra (incluido el primer Tarancón), como relata la contribución de Callahan, mientras que la complicada maquinaria de intereses diplomáticos y geoestratégicos de Estados Unidos explicaría la iracundia anti-Kissinger y anti-Nixon de la izquierda española como respuesta a la levísima contribución norteamericana a la erosión del régimen (es el capítulo de Charles Powell, en parte con análisis conocidos ya en otras publicaciones del autor). Y si el turismo había sido pasto de humoristas para contar cómo cambiaba la cazurería pacata y libidinosa del español medio, hoy ya no tenemos ninguna duda de su función oxigenante como contagio moral y cultural, con o sin top less, con suecas reales o suecas inventadas, pero sin duda siendo la propia dictadura víctima de lo que Sasha Pack llama con gracia la «estocada liberal a la austeridad nacionalcatólica» que comportó el fomento de la industria turística.

Por fuerza, buena parte de estos cambios nutrieron un cambio de mentalidad que a menudo fue profundo, aunque su visibilidad no fuese inmediata u obvia (como la secularización de la sociedad española, pese a su aparente devoción católica, o el incremento inaudito de la población universitaria). Es la parte de la que se ocupa Walther L. Bernecker sin que haya demasiado espacio para detalles o concreciones de los nuevos talentos, pero a cambio se ofrece una revisión suficiente de una bibliografía que podría ser forzosamente más amplia dada la amplitud misma de la noción de «mentalidad». Lo cual enlaza con la percepción general que extrae Tom Buchanan, y que condice con un nuevo tópico de la historiografía del hispanismo reciente, es decir, la negación del tipismo o la extravagancia de la historia contemporánea de España al menos desde finales del XIX: «en muchos aspectos, la experiencia española entre 1960 y 1975 no fue atípica», porque gran parte de lo que sucedió aquí fue común al resto de Europa, pese a los deseos del propio régimen, que es de lo que se ocupa con resultados excelentes el trabajo de Antonio Cazorla basado en las memorias de gestión de los gobiernos civiles. Cuentan lo que hacen y lo que desean hacer pero sobre todo cómo perciben la actividad política y sindical: las confesiones de los informes sobre la frustración política, el sindicalismo obrero o el fracaso de sus medidas de control recuerda aquellos otros testimonios a veces escalofriantes que trajo en 1988, para el Frente de Juventudes, un libro pionero de Juan Sáez Marín y en cierto modo el de Miguel Ángel Ruiz Carnicer a propósito del SEU en su monografía de 1996. Si la Ley de Asociaciones de 1964 hubo de acabar de hecho con el SEU mismo, el trabajo de Pamela Radcliff examina el modo en el que esa misma ley favoreció la multiplicación del asociacionismo, aunque la capacidad movilizadora de las asociaciones vecinales sólo iba a ser

fuerte e influyente tras la muerte de Franco: «lo que emerge entonces es un proceso más sostenido, que hace que la sociedad civil reconstituida parezca menos efímera» (p. 150). Es verdad sin embargo que duró poco esa fuerza movilizadora vecinal y quizá no fue significativa ya tras la victoria socialista de 1982. Pero es que para entonces casi todo lo que había crecido para devolver a España el ritmo histórico europeo estaba ya amortizado: en ese año acaban o han acabado sus fecundas aventuras tanto *Triunfo* como *Cuadernos para el diálogo*, y por supuesto no existe tampoco *Ajoblanco* y ni siquiera una revista de literatura como *Camp de l'arpa*, fundada en 1972, pero tampoco *Papeles de son Armadans*, fundada en 1956. Y por no existir no existe tampoco ya el semanario que fundaron los falangistas catalanes en el Burgos de 1937, *Destino*, ni subsisten dos revistas que vivieron al calor de la transición, con y sin Franco, y siempre desde el arma del humor político, como *Por Favor* y *Hermano lobo*. Durante un tiempo, sin embargo, el antifranquismo siguió siendo rentable, o así lo creyó un franquista rotundo como José Manuel Lara. El fundador de la editorial Planeta no se opuso a que su premio estrella recayera entre 1977 y 1979 en un ex comunista, un compañero de viaje y un ex comunista sucesivamente, es decir: Jorge Semprún, Juan Marsé y Manuel Vázquez Montalbán.

*Jordi Gracia*

Universidad de Barcelona